

Entre el estanque y el bosque
Sus pasos lentos y graves
La fúnebre comitiva
Detuvo un solemne instante,
É introduciendo en la cueva
Los nobles restos mortales,
Cubrieron la negra boca
Con unos delgados mármoles.

ROMANCE III

LA REVELACIÓN.

En un gran salón oblongo,
El mismo en que daba audiencia,
Moteuczoma Xocoyotzin
Está sentado á la mesa :

Era esta una almohada dura
Cubierta de fina tela,
Como la nieve de blanca,
Y como la nieve tersa.

De barro del de Cholollan,
Sobre ella, exquisita y nueva,
Una costosa vajilla
Su rara labor ostenta,

Y en una copa de oro
Cincelada con destreza,
Que luce finos engastes
De conchas del mar y perlas,
Cubierto de espuma hirviente

Que su calidad revela,
Un chocólatl que perfuman
Varias olorosas hierbas,

Cautiva al rey que lo toma
Con un pan que le deleita,
Hecho de harina amasada
En blanca miel y con yemas.

Le acompañan sus ministros,
Cuatro mujeres muy bellas,

Y Tapia, su mayordomo,
De la flor de la nobleza.
Estos son únicamente
Quienes presencian su sena;
Que á más de ellos, para todos
Están cerradas las puertas.

* * *

El monarca aquella tarde
De contento daba muestras;
Que nunca el placer se puede
Ocultar, cual la tristeza.
Estaba locuaz, festivo,
Y en contra de lo que cuentan
De la ruina de su imperio,
Desata mordaz la lengua;
“ En vano los que consultan
— Decía — allá en las estrellas,
Intentan amedrentarme
Con proféticas sentencias.
Esta vez Nezahualpilli
Es innegable que yerra,
Y que su jenio extravía
Por los campos de la ciencia.
Delira... mas no me asusta... —
¡Que rey de Acolhuan no fuera! —
Como el otro entre las llamas
Me pagaría su ofensa. —

El desazona á mis huestes
Que con sus augurios tiemblan;
Sólo yo me burlo de ellos,
Sólo yo los menosprecia.”
Y al decir esto, reía
Con carcajadas históricas,
Como el cobarde que teme
Y que su miedo desecha;

Como aquel que aliento y brios
Por aparentar se esfuerza,
Y en el semblante risueño
Lívido el temor demuestra.

* * *

Interrumpe el débil curso
De su risa descompuesta,
El que en palacio á tal hora
Cargo de ujier desempeña,
El cual, entrando en la estancia,
Paróse junto á la puerta
Y dijo así con voz grave,
Después de tres reverencias;
“ El señor rey de Tescuco,
Nezahualpilli, desea
Obtener del soberano
Una breve conferencia.”
Óyelo el monarca; al punto
El torvo entrecejo pliega,
Y suda, y heladas gotas
Por la ancha frente le ruedan;
Y con tembloroso labio
Y acento que indica á leguas
Grande disgusto, que pase
El rey de Tescuco, ordena.

* * *

Hecho el saludo de estilo,
Ambos monarcas se sientan,
Y el tescucano su objeto
Expresó de esta manera:
“ Señor, tu hermana Papantzin,
Á quien tú juzgabas muerta,
So las gradas del estanque

Que está de su tumba cerca,
Salió esta tarde á gozar
De la suave brisa fresca,
Placer que le agrada mucho,
Antiguo y jenial en ella.

A los ojos de una niña
Que entre las flores traviesa,
Brincando pasa las tardes,
Como siempre se presenta :

Papantzin la llama dulce
Las tiernas mejillas besa,
Y con blanda voz, que avise
Al mayordomo le ruega :

La esposa de este, á la súplica
Infantil, al sitio vuela ;
Y desvanecida cae
Al ver allí á la princesa.

La niña llora ; á sus gritos
Innúmero jente llega,
Que con asombro indecible
Tan gran prodijio contempla.

Tu hermana á todos les habla,
Les convence y les consuela,
Y que me llamen les pide
Á los que allí la rodean.

Yo la he visto, y en su nombre
Te suplico, que sin tregua,
Á Tlaltelolco te llegues
Que en su palacio te espera. ”

Dice así Nezahualpilli,
Y Moteuczoma, que apenas
Puede respirar, se oprime
La vacilante cabeza.

El corazón se le salta
Y en rudos vuelcos golpea
El débil pecho angustiado,
Que es para él cárcel estrecha

Hasta que al fin entreabriendo
La boca que nieve alienta,
Con entrecortadas frases
Y mal combinadas señas,

Ordena al ujier que al punto
Le acerquen la ancha litera,
En la cual, á poco rato,
Con el rey su primo entra,

Y al palacio se dirige,
Donde su hermana lo espera,
Por el temor dominado
Á la par que de impaciencia.

*
*
*

En un banco de agaloco (1)
Con albas talas cubierta,
Está Papantzin sentada
Muy pálida, aunque serena.

Ocho esclavas la acarician,
Que lloran de gozo al verla,
Y del xochiocótzotl (2) grande
Preciosa resina queman ;

Humo que en loor de los dioses
Sencillas cántigas lleva,
Por el favor que reciben
Y por el bien que les prestan.

Que su hermano niegue el hecho
Teme la noble princesa,
Y otra segunda embajada
Á dirigirle se apresta,

Cuando oye ruido de pasos
Y ve á Moteuczoma que entra ;
Moteuczoma, que al mirarla

(1) Aloe.

(2) Liquidámbar.

Como una estatua se queda.
; Era cierto! de la duda
No lo envuelven las tinieblas,
Y tal milagro patente
Ante sus ojos se muestra.
— “Ayer la enterré” — murmura
El rey con faz descompuesta,
Y se desploma en un banco
Que dos mujeres le acercan.
Sepulcral es el silencio
Que en la ancha cámara reina,
Y á que hable Papantzin todos
Los circunstantes esperan;
Quien arreglando su traje,
Después de pedir la venia,
Con voz débil y argentina,
Así su relato empieza :

“ Señor, cuando en los brazos de los míos
Dejé de respirar, tal vez no muerta,
Falta sí de sentido, halléme sola,
Sola y en medio de llanura extensa.

Ni un árbol, ni una flor, ni planta alguna
Miraba en su extensión árida y seca;
Ni arroyo manso, ni sonora fuente,
Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.

Sólo y cerca del sitio en que yo estaba
Iba arrastrando su corriente inmensa
Un caudaloso río, cuyas olas
Unas tras otras con fragor estrella.

Al espantoso ruido que llevaba
Sentí helarse la sangre de mis venas,
Y á cruzar una fuerza me impelía
La mole de sus ondas verdinegras.

Resuelta estaba ya, mi pié desnudo
Tocaba el agua con la planta inquieta,

Cuando sentí una mano sobre el hombro,
Y un acento escuché que dijo : “ espera. ”

Alcé la vista, y á los ojos míos
Apareció un doncel, de forma esbelta,
Vestido con un traje reluciente,
Como la blanca luz de las estrellas.

Sostenido en el aire parecía
El tlaquechol que majestuoso vuela
Con dos alas de plumas vaporosas,
Sonrosadas, flotantes y ligeras.

“Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo
De que intentes ganar la orilla opuesta;
Hay un Dios que te quiere y te conoce,
Y por eso á la fin serás su sierva.”

De allí el gallardo joven me condujo
Caminando por la húmeda ribera,
En donde ví esparcidos muchos huesos,
Y pálidas y humanas calaveras.

Y á escuchar comencé tristes jemidos
Que el pecho me rasgaban con fiereza,
Punzando cada poro de mi cuerpo
Un espantoso frío que aún me hiela.

Torné luégo á mirar hacia las olas,
Y sobre el filo de sus blancas crestas,
Unas barcas enormes navegando
Á mi asombrada vista se presentan.

Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres
De distinto vestir de nuestra tierra,
Con escamas de plata sobre el busto,
Y yelmos de metal en la cabeza,

Los ví con estandartes en las manos,
De blanco cutis y mirada fiera,
Teñidas las mejillas de achiote,
Con labios de coral y barbas negras.

Entonces el doncel que sonreía
Del profundo estupor de que era presa,
Mirándome con ojos compasivos,

Á hablarme comenzó de esta manera :

“Dios quiere que en el mundo todavía
Arrastres largo tiempo tu cadena,
Y de grandes revueltas y batallas
Que aquí sobrevendrán, testigo seas.

Los gemidos tristísimos que oíste
De este río en las márgenes desiertas,
Son ayes del dolor de tus mayores
Que sufren cruda, perennal condena.

Son los gritos de angustia que provocan
Las culpas infinitas del que yerra ;
Las culpas que en el alma se castigan
Con horribles tormentos que no cesan.

Y esos hombres que llegan en la barca,
Á tu patria infeliz traen la guerra ;
Y dueños y señores absolutos,
Con las armas, al fin, serán de ella :

Publicarán con su victoria el nombre
Del Hacedor del cielo y de la tierra,
Y arrojarán los ídolos de barro
Donde la luz del sol nunca penetra.

Y cuando el baño santo se promulgue,
Serás en recibirlo la primera ;
Para que á los demás de ejemplo sirvas
Con ritos nuevos y oraciones nuevas.”

Al decir estas palabras
Envuelto entre nubes densas,
Desapareció el mancebo
Arrebatado por ellas.

Sentí en mi pecho la vida,
Sentí renacer mis fuerzas,
Y del recinto sombrío
Saqué la planta lijera ;

De mi tumba á leve impulso
Cayó la delgada piedra...

Lo demás, ya tú lo sabes,
Gran Señor, haz lo que quieras.

* *

Calló Papantzin ; atónito
El gran Moteuczoma queda,
Y ni una sílaba escasa
Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona,
Nublada la frente rejia,
Dando en el rostro señales
De lo que en su pecho lleva.

Que hay sensaciones tan hondas
Que no en frases se revelan,
Que pesan tanto en el alma
Que dentro el alma se quedan.

Salió sin mirar á nadie,
De casa de la princesa,
Y retiróse á un palacio
Que triste y de luto era,

Donde pasó largos días
Y largas noches inquietas,
Á acerbo ayuno entregado
Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.